



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

TIRSO DE MOLINA

Ocupándose de este notable poeta, dice el reputado literato D. Eugenio de Ochoa: «Son tan pocas las noticias que nos quedan de este célebre escritor, desgracia que le es comun con muchos de nuestros más aventajados ingenios, que todos los que sobre su vida y obras han escrito no han hecho más que repetir lo poco que acerca de él dice Montalban en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo XVII. Dice así en un catálogo que trae de hombres célebres natu-



rales de Madrid: «El maestro fray Gabriel Tellez, presentado y comendador de la orden de Nuestra Señora de la Merced, predicador, teólogo, poeta, y siempre grande, ha impreso y escrito, con el nombre supuesto del maestro Tirso de Molina, muchas comedias escelen-tísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene ahora para dar á la estampa unas novelas ejemplares que, con decir que son suyas, quedan bastante alabadas y encarecidas.»

Sólo ha podido averiguarse, partiendo de este dato fidedigno, que en 1620 tomó el hábito de mercenario

Tirso de Molina.

calzado en el convento de Madrid, teniendo ya más de cincuenta años de edad, de donde se infiere que pudo nacer por los años de 1570, siete ú ocho despues que Lope de Vega. En 29 de Setiembre de 1645 fué elegido comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad. Confióle sucesivamente su orden los cargos de presentado, maestro en teología, teólogo, predicador, definidor y coronista de ella, con respecto á la provincia de Castilla la Nueva...»

Las comedias de Tirso se dividen en los tres géneros que casi sin ninguna escepcion cultivaron todos nuestros poetas dramáticos del siglo xvii, á saber:

De capa y espada ó de costumbres;

Históricas y heróicas;

De asuntos de devocion.

De estas últimas sólo una, *El condenado por desconfiado*, es verdaderamente admirable.

De las históricas la más notable es *La prudencia en la mujer*.

Peró el terreno en que campea sin rival Tirso de Molina es el de las comedias de enredo y costumbres; en estas decimos que no tiene rival, no por la buena combinacion y originalidad de la fábula, sino por las imponderables gracia, lozanía y casi siempre pureza de la locucion, por la viveza del diálogo y por el inmenso caudal de chistes que sazonan todas sus composiciones dramáticas de este género.

Las comedias de este autor son, de las antiguas, las que con más aplauso se representan todavía en nuestros teatros, sin que sea por eso nuestro ánimo inferir de aquí que son las mejores de nuestro inmenso repertorio: estamos muy distantes de creerlo. No hacemos más que referir un hecho público y notorio, que si no prueba lo que pocas líneas antes dijimos, es por lo ménos un testimonio irrecusable del gran mérito de Tirso de Molina.

FANTASMAS.

Mamá, ¿es cierto que hay fantasmas y apariciones? preguntaba en el momento de acostarse Paquita, hermosa niña de seis años. Hicose un instante Rosa

me contaba que en la oscuridad de la noche, y sobre todo á las doce, en las ruinas, en los campos desiertos, en las encrucijadas, en los bosques, y con especialidad en los cementerios, se ven esquelitos envueltos en sábanas blancas, con una cabeza cuyos ojos despiden llamas, y que andan de un lado para otro... ¡Ay qué miedo!... Mamá, ¿no has oido en ese cuarto oscuro ruido de cadenas que se arrastran por el suelo?

— No, querida mía, no se oye semejante ruido, respondió su mamá; no es más sino que tu imaginacion está excitada por los cuentos de Elena. Pero te has imbuido un sin número de necedades, y si vuelves á hacer lo tendré que reprocharla. No sé de saber Paquita mía, que no hay ni fantasmas, ni apariciones, ni los ha habido jamás. Cuando se ven fantasmias parecien por los sitios solitarios, son por lo general malhechores que se envuelven en un paño blanco, y ponen sobre su cabeza una calabaza seca con agujeros que imitan los nariz y los ojos, abriendo en el interior una luz que los hace lumineros, para asustar á los tontos y á los niños. La Guardia civil por lo regular se encarga de prender y castigar á estos apariciones.

— Pero mamá, hay hadas que nos hacen felices ó desgraciados, ¿no es verdad? Y vampiros que chupan la sangre á los niños, genios del mal que se los llevan, gigantes que se los comen, y brujas que les hacen mal de ojo. Pero me has dicho que...

— Hija mía, no hay nada de eso, absolutamente nada. Los que cuentan semejantes patrañas son gentes imbeciles que más tarde ó más temprano reciben el castigo de su misma credulidad. No hagas caso más que de lo que te dice tu mamá, Paquita.

La oscuridad hace que los objetos se van á medir, y nos presentan formas fantásticas, ridículas, y aun alguna vez horribles; pero si nos acercamos á estos objetos resueltamente y sin miedo, no se encuentra nada extraordinario. Si en el momento en que estamos bajo la impresión del miedo, brillase de repente el sol, nos riríamos de nuestra debilidad, al reconocer que estos objetos, que son tan terribles á oscuras, no son más que los mismos de que nos servimos todos los días y nos rodean á todas horas.

- Weira, mamá, te prometo no tener miedo, y aun cuando vea alguna cosa que me asuste me acordaré que es un efecto de la luz.

- Muy bien, Paquita, así darás gusto á tu mamá. Ahora te contaré una cosa que á mí me sucedió cuando era niña de la misma edad que tú tienes. Estaba yo en la casa de campo de una amiga mía pasando el verano, y una noche me acerqué á una ventana y vi una fantasma blanca que daba grandes saltos, entre los primeros árboles del jardín; conforme me tenían recomendado, no tuve miedo y bajé en busca del espanto. ¿Qué te figuras que era? Un mantel que habían lavado y tendido al sol á secar, y que por olvido estaba allí todavía aun cuando era de noche; el viento le movía con bastante fuerza, y esto me produjo la ilusión de que lo que yo creía fantasma, saltaba.

- Weira, mamá, exclamó Paquita, he dejado la cestita de mis juguetes bajo la morera grande del jardín; para que vas que no tengo miedo voy á buscarla ahora mismo, aun cuando es tarde, si tú me lo permites.

Así lo verificó Paquita, recogió su cestita, y al volver al lado de su mamá esta la dio muchos besos y juguetes.

¡No olvidéis este cuento, hijos míos; y cuando vuestras criadas os cuenten sus peñanías, avisad á vuestras mamás para que las reprendan.

CUENTOS MORALES ALEMANES

EL NIÑO MENDIGO

Continuación (1).

Enrique salió diciendo: ¡qué delgadito está! no tiene más que la piel y los huesos... ¿Qué hubiera podido hacer Pestalozzi para dar la salud á este pobre sér? ¿Si tendré yo alguna cosa entre mis papeles? Buscaré. Id vosotras á pedir, no nos castigue padre á todos, que yo iré más tarde. Por casualidad, en un pedazo de un diario de medicina, encontró: «Las enfermedades de los niños provienen casi siempre de no estar limpios y en habitaciones bien ventiladas; á un niño se le debe mudar la ropa todos los días y hacerle respirar el aire libre; hay que mudarles de colchon para que no tenga mal olor, que es muy mal sano. El alimento mejor es la leche fresca azucarada, y pueden comer algunas sopas de pan blanco ó bizcochos.»

Aquí acabó el papel, pero para él todo era imposible. ¡Bien! dijo, lo único que puedo hacer es lavarte todos los días, pero la cama no te la puedo mudar: abriré las ventanas para que se renueve el aire, que efectivamente hay mal olor.

Enrique sacó á su hermanito de la cuna, y reparó lo muy súa que tenía la camisa. «Lavar la ropa, dice el papel, ¡pero no tenemos otra para mudar! ¿Cómo me compondré yo para lavar esta camisa...? Hoy no puedo lavársela; le lavaré las manos y la cara,» y volvió á acostar al niño tal como estaba.

Una trasformacion milagrosa se verificó en el muchacho: sus ojos se acababan de abrir á una luz hasta entónces desconocida; atravesó vivamente las calles, y entró en una casa donde le solian dar limosna, se dirigió por la puerta trasera, y se encontró en un lavadero. Muchas mujeres estaban lavando, y Enrique se acercó diciendo:

(1) Véase la pág. 79.

—¿Quereis que os ayude? yo quiero trabajar.

—Pues si quieres, ayúdanos á llevar agua y te daremos lo que ha sobrado de nuestra comida; aún está caliente.

—Mil gracias; pero si me permitís que la lleve á mi casa para comerla con mis hermanos, os lo agradecería más: ellos aún no están en casa.

—Como tú quieras; trae el puchero más tarde, que nosotras estaremos aquí hasta la noche. Enrique las dió gracias; pero aún no se decidía á marcharse.

—¿Qué quieres tú aún? le preguntó la lavandera.

—Yo queria, puesto que derramais toda el agua de jabon, me permitierais conservar una poca.

—¿De esta agua tan sucia?

—Sí, dijo Enrique; está buena para lavar nuestra ropa.

—¿Pero tú sabes lavarla?

—Es verdad que yo no la sé lavar, ni tengo dónde; pero si me permitís lavarla aquí, así que mi padre se vaya á su trabajo, haré desnudar á mis hermanos, y los lava-



El niño mendigo.

ré la ropa yo mismo, lo mejor que pueda.

Las lavanderas se echaron á reir, y le dieron permiso para que al dia siguiente volviera á lavar la ropa.

Enrique se retiraba á su pobre casa satisfecho de lo que iba á hacer por sus hermanos; pero en este momento se acordó que no habia recogido ningun dinero, y que su padre le castigaria; este pensamiento angustió su corazon; al poco rato, al pasar por una calle, vió que estaban descargando un carro de leña; se paró á ver, y como era ya cerca de anoche, oyó que se lamentaban de no poder hacer la descarga del carro antes de la noche, y él se prestó á ayudar, y

trabajó con tanto brío, que aprovechó como el de dos jornaleros, por lo que al acabar la operacion, le dieron un pedazo de pan y media peseta.

Dió la vuelta á su casa loco de contento, porque sin mendigar habia ganado aquel dia trabajando mucho más, y como aún no habian vuelto sus hermanos, cogió una escoba que se hallaba en el corredor, y empezó á barrer su cuarto, muy satisfecho de haber dado el primer paso para tener buen orden, y en seguida desnudó á su hermanito, le envolvió en un trapo que habia sobre la cama de su padre, hizo que se quitaran las camisas sus hermanas así que llegaron,

y se fué despues que comió con ellas el pan y la comida que le habian dado las lavanderas y los de la leña, dejando la media peseta para contentar á su padre cuando volviere á casa: en seguida se fué á devolver el puchero, y de paso metió en el agua de jabon su ropa para lavarla al otro dia.

Se levantó muy temprano, y fué á lavar su ropa, que las lavanderas compadecidas

le enseñaron á lavar, y luego en un cacharro viejo llevó agua de jabon para lavar bien á todas sus hermanas, y poniéndose en seguida las camisas limpias todos, se dió la enhorabuena por su pensamiento, y sus hermanas saltaban de alegría. Entónces Enrique sacó de la cuna al más pequeño, y lavándole todo el cuerpo con el agua de jabon, le puso la ropa limpia. El pobre ino-



El gato de Anita.

cente se reia como agradeciendo el bien que le hacían. ¡Ah! ¡si te pudiera proporcionar otra cama mejor! le decía reparando lo muy súcio que estaba; pero el buen Dios mirará tal vez por nosotros, y me abrirá camino.

(Se continuará.)

EL GATO DE ANITA

Era Anita una niña muy juiciosa, y aun en los pocos años que contaba

CORONA DE LA INFANCIA

la dejaba su madre muchas veces sola, cuidando de la humilde casa. La pobre viuda, á fuerza de trabajo, se ganaba el sustento, y la obligaba á salir de su hogar, el ir en busca de labor, y tambien ir á entregarla. Un dia, pues, que Anita quedó sola tenia que mondar unas patatas, y con el mismo juicio que una vieja se estuvo allí solícita mondándolas. Un gato que tenian muy hermoso siempre á la pobre niña acompañaba, y haciéndola mil fiestas y caricias

se granjeó el cariño de su ama.
Y este día, cual todos, el gatito siempre muy cerca de la niña estaba, cuando de pronto llaman á la puerta, y la niña, que entonces se levanta, dice al gato:—Te dejo la cazuela á tu cuidado, ¡á ver cómo la guardas!
El gato se acercó, la olió un ratito, y se sentó á su lado sin tocarla.
Volvió Anita, y halló que su buen gato estaba allí muy sério haciendo guardia, y dijo:—Así me gusta, has sido bueno, eres digno de toda confianza.

.....
En otro día que salió su madre quedóse Anita, y al echar en agua un trozo de pescado que tenían, oyó también la niña que llamaban. Mira, gatito, dijo Anita entonces, tengo que ir á la puerta porque llaman, en tí confío, guárdame el pescado lo mismo que guardaste las patatas. ¿Necesito decir lo que hizo el gato?
Acercarse y oler, meter la pata, sacar el trozo, y engullirlo entero, fué cosa brevemente ejecutada.
Volvió la niña, y al saber el caso, de sus ojos brotaron muchas lágrimas, y pensó en adelante ser prudente á fin de no pecar de confiada.

Habrà quien no comprenda que una niña pueda ser con un gato tan incauta; ¿pero cuántas personas ya mayores, pagadas de finezas y alabanzas, confían en personas que al principio simulan honradez y les engañan? No es bueno pensar mal de todo el mundo, y es bella la tranquila confianza; pero la imprevisión y la imprudencia siempre producen consecuencias malas.

V.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—¡Oh! yo lo haré así, mamá, y si hasta ahora he obrado de otro modo, ha sido porque jamás habia pensado en esos pobrecitos que van por la calle sin tener otra cosa que lo que les queremos dar, y sin probar nunca los dulces, las golosinas y las buenas cosas, que tú me guardas; yo lo haré así, y cuando alguna cosa no me guste, me acordaré de aquella niña tan chiquita que pide limosna

(1) Véase la pág. 63.

en la puerta de enfrente, y que come lo que recoge, sin poder decir nunca que le hagan otra cosa, porque aquello no le gusta.

—Yo también lo haré, Carlitos; y además cuando tenga fruta ó dulce le guardaré un poquito á la niña mendiga, para que lo pruebe, ya que su madre no puede comprárselo porque es pobre, y ella es mi hermanita ante Dios.

X.

LAS DOS ROSAS.

—Ya que habeis almorzado, hijos míos, es preciso que os dispongais para ir á la clase: tú, Carlos, quítate esa ropa, y despues de lavarte bien, ponte la que te sirve para el colegio; y tú, Luisita, haz lo mismo que tu hermano.

—Pero mamá, si estoy bien así; mira mis manos, están limpias y mi cara también.

—No, hijo mio; eso no puede ser: todos los días es preciso lavarse y peinarse dos ó tres veces cuando ménos.

—¡Tanto!

—Al levantarse, al disponerse á salir y despues de la comida.

—Si yo quiero lavarme y peinarme, pero ahora...

—La limpieza produce muchos beneficios, hijos míos, que no debemos desatender. El primero, quitar á nuestro aspecto lo que de repugnante imprime en él el desaseo y la suciedad. El segundo, evitar muchos males y enfermedades que la falta de curiosidad produce, quitando á la niñez la frescura, la salud y el desarrollo. Luego, que un niño limpio y arreglado, es bien mirado en todas partes, mientras que el sùcio y despeinado, á todos causa disgusto y halla donde quiera desvío.

—Dice bien mamá, Carlitos: y en prueba de ello te contaré, que una de mis compañeras de colegio va siempre con los manos y la cara tan llenas de tiznones y de grasa, que ninguna queremos tomar nada de ella, ni que esté cerca de nosotras, porque sus vestidos y su persona tienen un aspecto tan feo que nos inspira repugnancia y hasta nos causan asco, porque huelen mal. Las otras se rien de ella y hacen burla, no admitiéndola siquiera en los juegos y diversiones.

—¡Ya lo veis! y eso es ahora; pero más tarde, cuando esa niña se convierta en mu-

jer, esa falta será más notable, y podrá influir mucho en su porvenir.

—Pues á mi clase asiste un niño pequeño, muy pequeñito, al que todos besamos y queremos mucho: es pobre, y sus vestidos son de telá mala y muy viejos; pero da gusto el verle, porque los lleva siempre muy limpios; su cara y sus manos tambien lo están, teniendo un hermoso color, y unos cabellos sedosos, brillantes, y rizados siempre; está tan bonito en medio de su pobreza, que agrada á cuantos le ven más que ninguno de los compañeros.

—Hé aquí lo que yo quiero que os pase á vosotros, y para ello es preciso que os acostumbreis á lo que os he dicho. Y la limpieza no ha de ser solo aparente; es decir, alcanzando á tener cuidado con el exterior, únicamente. No, hijos míos: una persona, limpia la cara, y el cuello ó los brazos sucios, es lo mismo que una estampita muy bella por una esquina, y rota y descolorida por el fondo.

—Entónces de nada le serviría el lado bonito sino de hacer más perceptible el mal estado de lo demás.

—Dices muy bien, hija mia; y para acabarte de convencer de cuánto vale la limpieza y cuánto es capaz de mudar nuestro aspecto, toma estas dos rosas; ve qué lindas son: las dos son iguales en color, en olor y en frescura, ¿es verdad?

—Sí, sí.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA DE LOS REYES VILCHEZ Y LOZANO (1).

Niña, que al blando arrullo
de la esperanza,
elevas tus pupilas,
tu frente alzas,
oye esta trova
inspirada en el fuego
de tus virtudes
y de tu gloria.

¿Viste allá en la llanura
flores y arroyos,
pobladas alamedas,
gigantes olmos,

(1) Rémitida por su autor.

á cuyo encanto,
corren valles, colinas,
selvas frondosas,
fuentes y pájaros?

Dí, ¿no has vuelto tu vista
sobre esas flores,
que reflejan la vida
de nuestros goces?
Pues todo canta
á ese Dios, que se posa
sobre los cielos,
sobre la nada.

Tú, como flor del valle
dale tu aroma,
que Él ceñirá á tus sienes
una corona,
y oirás los plácemes
de tus padres, del cielo,
de tus hermanos
y de los ángeles.

DOMINGO ARJONA CASADO.

Granada 28 de Febrero.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 88.

- Núm. 1.—Cifras para ropa de cama, bordadas al pasado y punto de armas.
Núm. 2.—Marca de pañuelo bordada en blanco.
Núm. 3.—Continuacion del alfabeto de gran novedad, que empezó en la pág. 72.
Núm. 4.—Enlace de cifras, bordado á plumetis.
Núm. 5.—Tiras bordadas.
Núm. 6.—Dos enlaces, bordados en blanco.
Núm. 7.—Escudo, para litografía.
Marcas pequeñas.

CHARADA

En mí puedes ver la *prima*,
y la *segunda* en la mar,
y el *todo* si vas á misa
de fijo lo has de encontrar.

(La solución en el próximo número.)

Solucion del problema inserto en el número anterior:

15

De la charada:

MARTE.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

